

De actualidad

# Nuestro padrecito el trigo

leyendo entre los pinos, en un rincón de la Sierra de Guadarrama, "Sachka Yegulev", novela rusa de Andreiev. Y no hace ciertamente contraste con esta calma impasible del campo el relato torturante de las aventuras de la banda de los Hermanos del Bosque; tan de naturaleza, tan pre-humano es todo lo que se refiere a ese bandidaje de la desesperación social. Entra ello más en la historia natural que en la humana, que en la historia propiamente dicha. Es como leer las luchas feroces de una especie animal.

Creemos recordar que fué otro ruso, Gorki, el que habló de los ex-hombres. Pero muchos de estos que se supone que dejaron de ser hombres, ¿no será más bien que no han llegado aún a serlo? Nietzsche predicó el sobre-hombre, ¿pero es que hemos llegado al hombre? Al hombre civil, o sea al hombre histórico, queremos decir, no al mamífero vertical, no al bípedo implume.

En esta novela rusa de Andreiev nos detiene un momento el vuelo del interés dramático un pasaje. Es aquel en que Eremay trata de prender fuego a un montón de trigo y Sachka, el jefe de la banda, quiere impedirse-lo, diciéndole que aquel trigo puede servir para los pobres, para los que tienen hambre. Y Eremay le contesta: "Ese trigo no es tuyo, ¡déjame!". Y el narrador agrega: "Y lanzó sobre el atamán una mirada breve y resuelta, que parecía llena de cólera, de odio secular contra las injusticias de espíritu de venganza insaciable, acumulado durante millares de años por el pueblo dolorido". Y luego, cuando el trigo ardía, crujendo las espigas secas, el mismo Eremay, el que lo había encendido, miraba al incendio exclamando: "¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!" Y lo repetía sollozando.

Este pasaje novelesco es altamente simbólico. No sólo en Rusia, sino en todo el mundo civilizado, y, naturalmente, aquí en nuestra España, secu-

lares injusticias, renovadas día a día, han engendrado un espíritu de venganza que mueve al pueblo a quemar trigo. Y si no lo quema lo destruye de otra manera cualquiera y si no es trigo es cosa que lo valga. Destruyese riqueza de toda clase, material y espiritual, para dañar al actual poseedor—detentador muchas veces— de ella. Y el daño es para todos. Y más tarde o más temprano los mismos que la destruyen, en germen o en sazón, tienen que exclamar sollozando: "¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!" Pero la obra de la venganza continúa implacable.

Hay, sin embargo, en esta misma novela otro pasaje mucho más oscuro, mucho menos significativo al parecer, pero que completa el citado. Y es cuando al recoger la policía el cadáver de Sachka Yegulev, un campesino dice: "Los propietarios mismos queman sus propiedades para cobrar las primas de seguros y luego achacan el incendio a los Hermanos del Bosque. ¡A ellos si que habría que echarles mano!"

Los que han heredado miseria e injusticia, los que fueron engendrados en desengaño, destruyen riqueza, queman el trigo de que habría de hacerse su pan de mañana, por espíritu de venganza y de odio, pero aquellos para quien el trigo es dinero y no pan, también lo destruyen. Por agio, por negocio, se limita la producción y aun se destruye lo producido. ¿Es que no hay acaso huelgas provocadas por los patronos mismos que buscan con ello encarecer sus reservas? Disminuir lo que se pide suele ser en ocasiones un modo de encarecerlo. Y no decimos la oferta porque en esos casos no se ofrece. Hace unos días le oíamos decir a un industrial que no le importa ya gran cosa de la clientela. Y es que ahora es el comprador quien anda a la busca del vendedor, y éste se hace rogar.

Cuando oímos hablar contra los obreros que con sus continuas huelgas encarecen el salario y con el sa-

lario el valor de los productos de su trabajo y el coste de la vida, pensamos que de esto tanta o más culpa que los obreros tienen los que los ocupan, los que les procuran el salario. El industrial y el comerciante que echa la culpa al alza de los salarios, del encarecimiento de los géneros que fabrica o que vende, suele ser, en una u otra forma, el promotor de esas alzas. Al mismo tiempo que se habla de la escasez de productos, de su carestía y hasta del hambre en ciertos países, háblase también de grandes fortunas improvisadas. Y es que la riqueza económica—porque hay otra— es algo diferencial.

¿Materialismo? El económico es mucho peor desde el punto de vista moral que el que podríamos llamar fisiológico. Porque el filosófico no es tal materialismo. Al de Carlos Marx, a lo que suele llamarse la concepción materialista de la historia, sería mejor llamarle economismo. Y el economismo es la catástrofe de la historia, pues que conduce a pegar fuego a las parvas de nuestro padrecito el trigo. Unas veces por odio, por vengatividad, por desesperación de las víctimas de la injusticia; pero otras veces por cobrar las primas de los seguros. Y esto de las primas de los seguros es algo de juego.

La humanidad está jugando a una ruleta trágica. Y juega con trigo.

MIGUEL DE UNAMUNO

